

EL CUADERNO DE DESAFÍOS

- de -

DASH & Lily



RACHEL COHN & DAVID LEVITHAN

El cuaderno de desafíos de Dash & Lily (#Romance) David Levithan &
(Spanish Edition) Rachel Cohn

EL CUADERNO DE DESAFÍOS
- de -
DASH & Lily



RACHEL COHN & DAVID LEVITHAN

Traducción de Silvina Poch

» PUCK «

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Dash & Lily's Book Of Dares*

Editor original: Alfred A. Knopf, un sello de Random House Children's Books, Random House, Inc., New York

Traducción: Silvina Poch

1.ª edición: marzo 2020

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2010 by Rachel Cohn & David Levithan

All Rights Reserved

© de la traducción 2020 by Silvina Poch

© 2020 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17981-26-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para la madre del verdadero Dash

1

—Dash—

21 de diciembre

Imagina lo siguiente:

Te encuentras en tu librería favorita examinando las estanterías. Llegas a la sección de uno de tus escritores preferidos y ahí, cómodamente encerrado entre los lomos increíblemente familiares, hay un cuaderno rojo.

¿Qué haces?

La elección, creo, es obvia:

Tomas el cuaderno rojo y lo abres.

Y luego sigues sus instrucciones.



Era la época de Navidad en Nueva York, el período más detestable del año. Las multitudes moviéndose como ganado, las visitas interminables de los familiares más desafortunados, los vítores falsos, los tristes intentos de júbilo: en este contexto, mi aversión natural al contacto humano no hacía más que intensificarse. Dondequiera que fuera, siempre me hallaba en el extremo equivocado de la estampida. No estaba dispuesto a conceder la «salvación» a través de ningún «ejército». No me importaba lo blanca que fuera la Navidad. Yo era un conspirador, un bolchevique, un delincuente.

te profesional, un filatelista atrapado en una angustia indescriptible... ansiaba ser todo lo que los demás no fueran. Caminaba lo más sigiloso posible entre las hordas condicionadas a vivir en estado de ebriedad, los que disfrutaban de las vacaciones de invierno, los extranjeros que habían volado desde el otro lado del mundo para ver el encendido de un árbol sin darse cuenta de lo completamente pagana que era esa ceremonia.

El único elemento luminoso de esta época sombría era que el instituto estaba cerrado (en teoría para que todo el mundo pudiera comprar hasta el hartazgo y descubrir que la familia, como el arsénico, funciona mejor en pequeñas dosis... a menos que prefieras morir). Este año había conseguido convertirme en un huérfano navideño de verdad: le dije a mi madre que pasaría las fiestas con mi padre y a mi padre que las pasaría con mi madre, de modo que cada uno reservó unas vacaciones no reembolsables con sus amantes post divorcio. Hacía ocho años que mis padres no se hablaban, lo cual me daba mucha libertad a la hora de poner en práctica el plan y, por lo tanto, mucho tiempo para mí.

Mientras ellos estaban ausentes, yo saltaba de un apartamento al otro, pero, sobre todo, pasaba mucho tiempo en Strand, ese bastión de chispeante erudición, que más que una librería parecía la colisión de cientos de distintas librerías, con escombros literarios desparramados a través de casi treinta kilómetros de estanterías. Todos los empleados deambulaban encorvados con sus vaqueros estrechos y sus camisas de segunda mano, como esos hermanos mayores que jamás se molestan en hablarte, en preocuparse por ti o incluso en admitir tu existencia si sus amigos andan cerca... cosa que siempre ocurre. Algunas librerías pretenden ha-

certe creer que son un centro comunitario, como si tuvieran que organizar una clase de cómo hacer galletas para venderte algún libro de Proust. Pero en la librería Strand te abandonan completamente a tu suerte, atrapado entre las fuerzas enfrentadas de la organización y la extravagancia, y esta última siempre ganaba. En otras palabras, era un cementerio a mi medida.

Por lo general, cuando visitaba la librería, no buscaba nada en particular. Algunos días, elegía una letra determinada y visitaba cada una de las secciones para revisar a todos los autores cuyo apellido comenzara con esa letra. Otros días, decidía abordar una sola sección o examinaba los tomos recién llegados, que se acumulaban en contenedores que nunca respetaban el orden alfabético. O, tal vez, me dedicaba a observar los libros con portadas verdes, porque hacía mucho tiempo que no leía un libro con portada de ese color.

Podría pasar el rato con mis amigos, pero la mayoría se encontraba con sus familias o sus Wiis. (¿Wiis? ¿Wiii? ¿Cómo será el plural?). Yo prefería pasar el rato con los libros muertos, agonizantes o desesperados: los que llamamos *usados*, una expresión que nunca utilizaríamos con una persona, a menos que queramos ser crueles. («Mirad a Clarissa... es una chica de lo más *usada*»).

Yo era un lector empedernido, hasta el punto de reconocerlo en público, algo que, sabía, no estaba socialmente aceptado. Sobre todo, me gustaba el adjetivo *empedernido*, y descubrí que otras personas lo utilizaban tan a menudo como *baqueta*, *camarada* o *abstemio*.

En este día en particular, decidí revisar a algunos de mis escritores favoritos, para ver si había aparecido alguna edición rara de la venta de la biblioteca de alguna persona

que hubiera fallecido recientemente. Mientras examinaba la estantería de un escritor en particular (que permanecerá en el anonimato porque algún día podría volverme contra él), vislumbré un destello rojizo. Era un cuaderno Moleskine rojo, y aunque no había pruebas de que lo hubieran usado Picasso o Hemingway, se trataba de la agenda preferida de colegas que sentían la necesidad de escribir anotaciones diarias en un formato no electrónico. Se puede saber mucho de una persona por el tipo de cuaderno que elige para registrar sus anotaciones diarias: yo mismo era de los que utilizaban estrictamente hojas rayadas, carecía de talento alguno para la ilustración y mi letra microscópica hacía que los renglones separados de las hojas a rayas parecieran enormes.

Las hojas lisas solían ser las más populares. Solo tenía un amigo, Thibaud, que prefería las cuadrículadas. O al menos lo hacía hasta que su tutor le confiscó los diarios para demostrar que había estado planeando matar a nuestro profesor de Historia. (Es una historia real).

En este cuaderno en particular, no había nada escrito en el lomo. Tuve que sacarlo del estante para ver la portada, donde se encontraba un trozo de cinta adhesiva con las palabras *¿ACEPTAS EL DESAFÍO?* escritas con rotulador negro. Cuando abrí la tapa, encontré una anotación en la primera hoja.

He dejado unas pistas para ti.

Si te interesan, pasa la página.

De lo contrario, por favor vuelve a colocar el libro en el estante.

La letra era de mujer. Uno se da cuenta de esas cosas, ¿no? Esa cursiva con aspecto encantador.

De todos modos, pensaba pasar la página.

De modo que aquí estamos.

1. *Comencemos con French Pianism.*

En realidad no sé qué es

pero imagino

que nadie lo sacará del estante.

Charles Timbrell es la persona que debes buscar.

88/7/2

88/4/8

No pases la página

hasta que deduzcas de qué se trata

(pero, por favor, no escribas en el cuaderno).

Nunca había oído hablar del pianismo francés, pero si alguien por la calle (un hombre con bombín, sin lugar a dudas) me hubiera preguntado si pensaba que entre los franceses había muchos pianistas, seguramente mi respuesta habría sido afirmativa.

Como los pasillos apartados de Strand me resultaban más familiares que mi(s) propia(s) casa(s), sabía exactamente por dónde comenzar: la sección de música. Pero me pareció que era hacer trampa que ella me hubiera dado el nombre del autor. ¿Acaso me consideraba un simplón, un holgazán, un zopenco? Hubiera preferido un poco de confianza, aun antes de habérmela ganado.

Encontré el libro con bastante facilidad (bastante facilidad para alguien que dispusiera de catorce minutos libres) y era exactamente cómo imaginé que sería, la clase de libro que puede permanecer en un estante durante años. El edi-

tor ni se había molestado en poner una ilustración en la portada. Solo las palabras: *French Pianism: An historical perspective*, Charles Timbrell, y luego (más abajo), *Prólogo de Gaby Casadesus*.

Supuse que los números del cuaderno eran fechas (1988 debía de haber sido un año imprescindible para el pianismo francés) pero no logré encontrar ninguna referencia a 1988... ni a 1888... ni a 1788... ni a ningún año terminado en 88 en realidad. Me sentí frustrado... hasta que me di cuenta de que quien me daba las pistas había recurrido al antiguo mantra de los libros: *página/renglón/palabra*. Fui a la página 88 y busqué el renglón 7 y la palabra 2, y después el renglón 4 y la palabra 8.

¿Estás dispuesto...?

¿A qué estaba dispuesto yo? Tenía que averiguarlo. Anoté las dos palabras (mentalmente, respetando las hojas del cuaderno como ella había pedido) y pasé la página.

Muy bien. Sin hacer trampa.

*¿Qué te ha molestado de la portada de ese libro
(además de la falta de ilustraciones)?*

Piénsalo y luego pasa la página.

Bueno, esa era fácil. Detesté que hubieran utilizado la construcción *An historical*, cuando claramente debía haber sido *A historical*, ya que la *H* de *Historical* es una *H* aspirada.

Pasé la página.

*Si has dicho que era la desafortunada
construcción «An historical»,*

puedes continuar.

*De lo contrario, por favor vuelve
a colocar el libro en el estante.*

Una vez más, pasé la página.

2. La putilla de la reina del baile

64/4/9

119/3/8

Esta vez, no había autor. Se acabaron las pistas.

Me llevé conmigo *French Pianism* (habíamos intimado; no podía dejarlo) y me dirigí al mostrador de información. El tipo que se encontraba allí tenía el aspecto de alguien a quien le han echado de manera furtiva un poco de litio en la Cola Zero.

—Estoy buscando *La putilla de la reina del baile* —anuncié. Creo que no sonó muy bien eso de preguntar por *La putilla de la reina del baile*, o algo por el estilo.

No respondió.

—Es un libro —aclaré—. No una persona.

No. Nada.

—¿Al menos podrías decirme quién es el autor?

Miró el ordenador como si este pudiera hablarme sin que él tecleara nada.

—¿Llevas auriculares invisibles? —pregunté.

Se rascó la parte interna del codo.

—¿Me conoces? —insistí—. ¿Acaso te di una paliza en la guardería y ahora obtienes un placer sádico de esta venganza insignificante? Stephen Little, ¿eres tú? ¿No? Yo era un crío en aquella época y fue una idiotez haber intentado

ahogarte en la fuente. En mi defensa diré que tu previa destrucción de mi resumen del libro fue un acto de agresión completamente injustificado.

Finalmente, una respuesta. El empleado de información meneó la cabeza desgreñada.

—¿No? —pregunté.

—No se me permite revelar la ubicación de *La putilla de la reina del baile* —explicó—. Ni a ti ni a nadie. Y si bien no soy Stephen Little, deberías sentirte avergonzado de lo que le hiciste. *Avergonzado*.

De acuerdo. Esto sería más difícil de lo que había pensado. Traté de cargar Amazon en mi teléfono para echar un rápido vistazo, pero no había conexión en toda la tienda. Supuse que era poco probable que *La putilla de la reina del baile* fuera un libro de no ficción (¡lo cierto es que sería muy poco probable!), de modo que me dirigí a la sección de literatura y comencé a examinar los estantes. Al resultar infructuosa mi búsqueda, recordé la sección de literatura juvenil del piso superior y me encaminé hacia allí. Me salté todos los lomos que no poseyeran un mínimo destello rosado. Mi instinto me decía que *La putilla de la reina del baile* tendría, al menos, alguna veta de rosa y ¡sorpresa!, llegué a la M y allí estaba.

Busqué las páginas 64 y 119 y encontré:

a jugar

Pasé la página del cuaderno.

Muy ingenioso.

*Ahora que has encontrado esto en la sección de literatura
juvenil,*

debo preguntarte:

¿eres un chico adolescente?

*Si la respuesta es sí, por favor pasa la página.
Si no, por favor deja este cuaderno donde lo encontraste.*

Tenía dieciséis años y contaba con los genitales apropiados, de modo que sorteé ese obstáculo con toda elegancia.

La página siguiente.

3. *Los placeres del sexo gay*
(¡tercera edición!)
55/12/4
181/18/18

Bueno, esta vez sí que no quedaba duda de a qué sección pertenecía ese libro. Por lo tanto, me dirigí a la estantería de Sexo & Sexualidad, donde las miradas eran tanto furtivas como desafiantes. Personalmente, la idea de comprar un manual de sexo (de cualquier sexualidad) usado me resultaba un poco sospechoso. Tal vez por eso había cuatro ejemplares en la estantería. Busqué la página 55, bajé hasta el renglón 12, palabra 4 y encontré:

pistola

Volví a contar y a verificar.

¿Estás dispuesto a jugar pistola?

Tal vez, pensé, la palabra *pistola* poseía algún extraño significado al estar unida al verbo jugar.

Pasé a la página 181, no sin experimentar cierta inquietud.

Hacer el amor sin ruido es como tocar un piano mudo: está bien para practicar, pero haciéndolo así, pierdes la oportunidad de escuchar los gloriosos resultados.

Nunca había pensado que una simple oración pudiera

quitarme de manera tan contundente las ganas de hacer el amor y de tocar el piano, pero allí estaba.

Ninguna ilustración acompañaba el texto, afortunadamente. Y ya tenía mi decimoctava palabra:

por

Lo cual me dejaba con:

¿Estás dispuesto a jugar pistola por...?

No parecía una oración correcta. Básicamente, por una cuestión gramatical.

Desvié la mirada hacia la hoja del cuaderno y resistí el deseo de darle la vuelta. Escudriñando la letra femenina, me di cuenta de que había confundido el seis con un cinco. No era la página 55 sino la 66 (la versión menor del número del demonio) la que yo buscaba.

solo

Mucho más lógico.

¿Estás dispuesto a jugar solo por...?

—¿Dash?

Al darme la vuelta me encontré con Priya, una chica de mi instituto que estaba en un lugar intermedio entre ser amiga y conocida: una *amicida*, digamos. Había sido amiga de Sofía, mi exnovia, que ahora se encontraba en España. (No por mi culpa). Priya carecía de rasgos de personalidad distintivos, aunque, para ser justo, nunca la había observado con mucha atención.

—Hola, Priya —la saludé.

Eché un vistazo a los libros que tenía en la mano: el cuaderno Moleskine rojo, *French Pianism*, *La putilla de la reina del baile* y, abierto en un dibujo más bien gráfico de dos hombres haciendo algo que, hasta ese momento, no sabía que fuera posible, *Los placeres del sexo gay* (tercera edición).